

Las fotografías. Son elementos inseparables del texto. Nos dan el pulso vivo, los rostros, los gestos y ademanes, el ambiente. A los que hemos llegado a atisbar ese mundo que se ha perdido, o se está acabando de perder, nos produce una sensación indefinible, mezcla de gracia, de una gracia extraordinaria, y de simpatía. No sé qué reacción deben despertar entre los jóvenes: seguramente les parecerá un mundo aún más lejano. Ellos quizá se sienten más cerca del astronauta que da vueltas libremente por el espacio, fuera de la cápsula espacial. Pero es probable que sientan, en el fondo, lo mismo que nosotros: la fascinación que tiene el tiempo ido, que parece moverse —fijo como está— con el ritmo del cine rancio. Todas estas fotografías son de distinta procedencia: la mayor parte han sido prestadas por familias, hay también postales, otras son de Pitos, tantas cosas...

¡Qué maravilla si se hubiera podido conservar todo eso en un archivo. ¿Se han conservado, doctor Mazuecos?... ¿Estamos aún a tiempo? Antonio Moreno propone que *"sería buena ocasión este homenaje —se refería al recogido en el fascículo núm. 50— para iniciar en el Archivo Municipal la transcripción de libros y legajos, antes que las humedades y otros depredadores de Archivos y Bibliotecas desperdigen, para siempre, tanta noticia arrinconada"* (5). Pero a mí me preocupa también todo lo que conservan los particulares y que, un buen día, echan al fuego o a la basura. Sin maldad, sin suponer que puede tener algún valor. Todo cobra valor cuando pasa el tiempo. El tiempo, que es el peor de todos los depredadores, es también el generoso valorador de todas las cosas.

Desde que marché de Alcázar, de niño, he vuelto con frecuencia, de manera discontinua, y quizá por esto mismo he podido apreciar los cambios registrados en la ciudad. Alcázar ha estado siempre en mí, en la palabra de mi madre, en la compañía de los amigos, verdaderos hermanos algunos, que tengo aquí. Alcázar, para mí, es a la vez la de los cuadernos de Mazuecos, el Alcázar de antes, y el de ahora, el que he ido viendo evolucionar. Pero acaso esa distancia que tengo me permite apreciar hasta qué punto sigue siendo felizmente el mismo. En lo bueno. En cierto ritmo, que se mantiene, por debajo del ritmo diario, más ajetreado. Mediados los sesenta, Alcázar da un vuelco, va dejando de ser, hasta cierto punto, el que ha recogido el doctor Mazuecos. Pero el Alcazar aquél sigue vivo, como sigue viva la Edad Media, el siglo XVII, XVIII y ¡ay! el siglo XIX en la España actual. Hay grandes transformaciones en la superficie de las cosas, pero el hombre sigue siendo el mismo. Es como si, cuanto más cambiara, más siguiera siendo el mismo. Esto lo podemos apreciar mejor ahora, en los años ochenta, cuando la crisis económica y otras crisis han derrumbado unas ilusiones que eran excesivas e injustificadas. Y, por lo tanto, hay que conocer a fondo el Alcázar aquél. *"Cómo fueron nuestros antepasados —como escribe Mazuecos—, para saber cómo somos nosotros, cuáles son las posibilidades todas"*. Y esto es más posible, y urgente, ahora, en que es toda la comunidad, no sólo unos pocos, los que pueden intervenir en la vida colectiva.

Mazuecos nos sitúa en Alcázar hace años, a principios de siglo, supon-